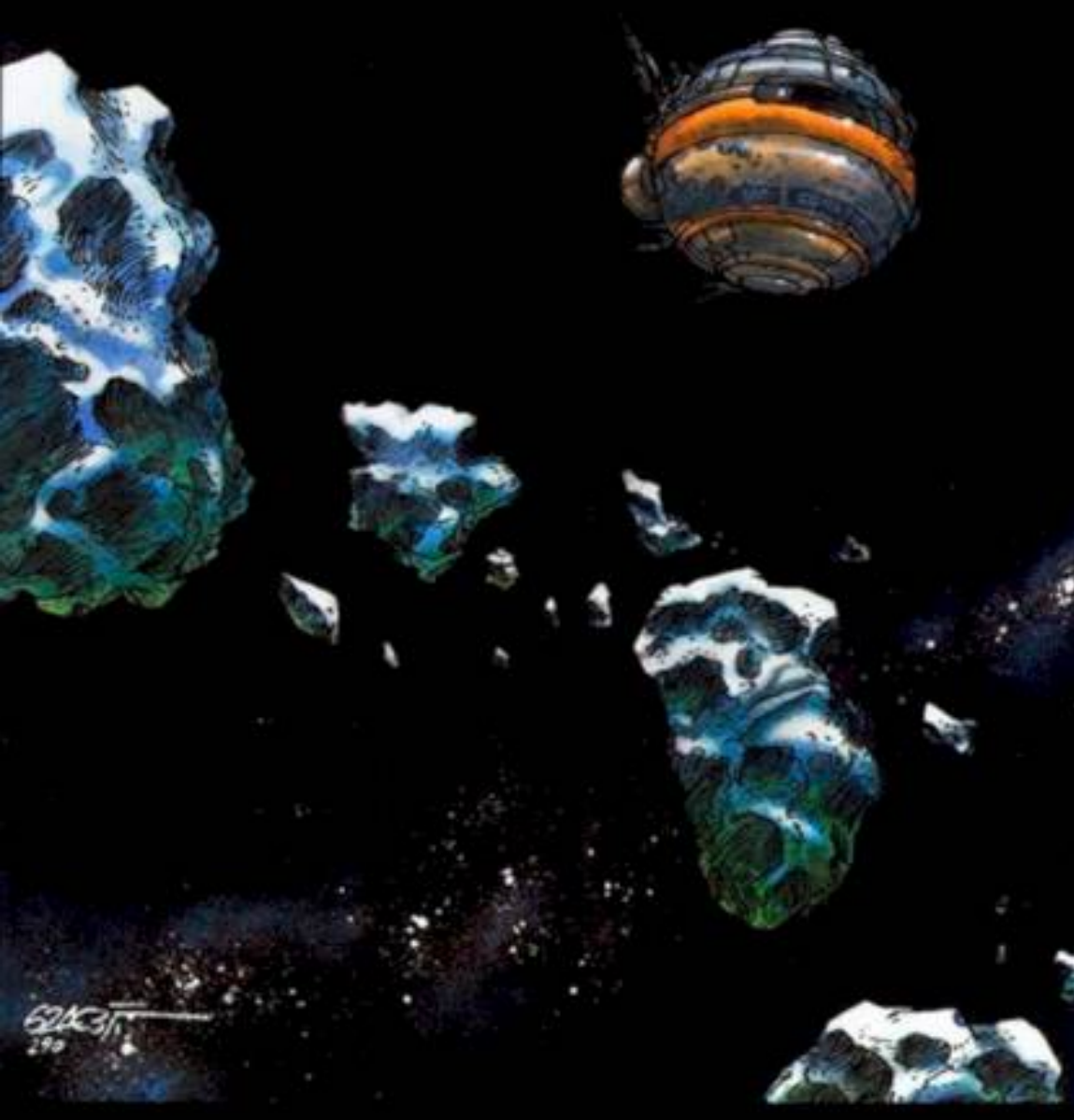


ETIQUETA FUTURA

FUEGO DE ESTRELLAS

Frederik Pohl

La novela más celebrada del autor de **MERCADERES DEL ESPACIO** y la saga de los **HEECHEE**



Tres parejas en un arca espacial, rumbo a un nuevo mundo: Alfa-Alef. Un viaje de diez años desde un planeta en descomposición, la Tierra, hasta el arco iris estelar de un destino esplendoroso. Una nueva oportunidad para la humanidad. Pero no todo era como parecía. Pese a la gran fanfarria de la despedida, a los vítores y alientos, a la radio y la televisión, había razones ocultas en aquel proyecto. En la Tierra, cada vez más lejana, mientras toda una sociedad se descomponía a su alrededor, el profesor Knefhausen soñaba constantemente en los mensajes que llegaban de la nave y en el plan secreto que, confiaba, le daría al maltrecho planeta algo mucho más valioso que un nuevo mundo que colonizar..., un mundo que, por otra parte, ni siquiera existía.

Y así se produjo la gran evolución. Mientras la verdad iba naciendo poco a poco a ambos extremos, en la Tierra y en la nave, los acontecimientos empezaron a tomar un rumbo que ninguno de sus protagonistas había previsto...

Prólogo

Frederik Pohl es una de las personalidades más fascinantes del mundo de la ciencia ficción, en donde ha recorrido todos los peldaños y ha tocado todas sus facetas. En sus primeros tiempos fue miembro del famoso grupo de fans Futurians, y escribió numerosas obras, en solitario o en colaboración con otros autores, bajo un número jamás precisado pero abundante de seudónimos; fue agente literario, director de importantes revistas del género (Galaxy y Worlds of If), fundador y editor de otras (entre ellas International Science Ficción, dedicada a la ciencia ficción no anglosajona, y que desgraciadamente solo sobrevivió un año), antologista, presidente de la Science Fiction Writers of America, etc. Casi todas sus primeras obras fueron escritas en colaboración con otros autores, principalmente C. M Kornbluth (su Mercaderes del espacio, —de la que recientemente, tras la muerte de su coautor, ha escrito una continuación en solitario, La guerra de los mercaderes—, se ha convertido en un clásico) y Jack Williamson.

Pero fue en 1977 cuando su carrera literaria arrancó realmente en solitario, cuando su novela Homo Plus, publicada el año anterior, ganó el premio Nébulas, y su novela Pórtico, que inauguraría la famosa Saga de los Heechee, ganó el premio Hugo de ese mismo año y alcanzó un enorme éxito internacional. Desde entonces, su nombre no ha dejado de aparecer regularmente en el mercado anglosajón, no sólo en el campo de la ciencia ficción sino también fuera de él, como en sus recientes novelas Chernobyl y Terror, aunque en todas ellas quede patente su clara inquietud prospectiva.

Sin embargo, Frederik Pohl es básicamente un escritor de ciencia ficción, como lo demuestra en esta excelente novela, una de las más conocidas de él aparte las mencionadas, que incide, de una manera apasionante y tremendamente personal, no en uno, sino en varios de los temas más queridos del género.

Domingo Santos

1

Ni siquiera las viejas paredes de la Casa Blanca retenían fuera todas las ráfagas invernales. Las grandes cortinas doradas del Gran Salón de Baile ondulaban ligeramente, pese a que las ventanas estaban cerradas, y algunos de los invitados mostraban al llegar las mejillas enrojecidas y las narices heladas. No les hacía ninguna gracia permanecer de pie en medio de la nieve en el patio de la Casa Blanca para el obligatorio chequeo de identidad y registro en busca de armas. Pero, como todos los demás en Norteamérica, se habían acostumbrado a los Problemas y a los problemas con minúscula que los Problemas causaban a todo el mundo. Además, aquélla era una ocasión alegre. El doctor Dieter von Knefhausen se frotó las manos y su rostro irradió felicidad mientras saludaba a cada nuevo dignatario. «Un gran día para su país, Dieter». «*Jawohl, Herr Doktor Präsident!* ¡Por nuestros respectivos países!». «Mis más profundas congratulaciones, doctor von Knefhausen, de mi parte y de toda Francia». «*Merci, Monsieur l’Ambassadeur!*». Oh, estaban todos allí para ver su triunfo, y la excitación casi le hacía saltar.

Técnicamente, por supuesto, los invitados de honor eran muchos, y von Knefhausen era sólo el noveno en precedencia entre todos ellos..., bueno, el décimo, si se le daba un lugar al Presidente de los Estados Unidos. No era celoso. Había suficiente gloria para todos. Puesto que los ocho invitados principales habían tenido varias semanas por delante para prepararse, sin mencionar los más bien sin precedentes años que les seguirían, la fila de los receptores fue mantenida piadosamente corta. Pese a ello, transcurrieron más de dos horas desde el momento en que el primero

de los invitados estrechó la mano del suave y sonriente Presidente de los Estados Unidos, a la cabeza de la fila, hasta que el último de ellos hubo presentado sus respetos al consejero científico Dieter von Knefhausen, al otro extremo. Era una larga fila. Entre el Presidente y el consejero científico estaban la Primera Dama, esbelta en su lamé dorado, el Vicepresidente y su hija mayor —no tenía esposa en aquellos momentos— y, por supuesto, las cuatro espléndidas parejas que estaban a punto de dedicar sus vidas a efectuar un viaje a otra estrella. Ellas eran las auténticas celebridades. Desgraciadamente, tenían menos práctica en todo aquello que los políticos, y a medida que se desvanecía el corto día de invierno ellos se fueron desvaneciendo también.

Eran un grupo apuesto e impresionante. Dos de los hombres y una de las mujeres poseían distinguidas carreras militares. Siete de los ocho tenían récords como pilotos, que iban desde los vuelos acrobáticos de los sábados por la tarde de Eve Barstow hasta las ocho mil horas de mando del coronel Jackman, incluida su actuación como piloto jefe en cinco misiones al espacio profundo. Entre los ocho acumulaban diecinueve títulos conseguidos con sus estudios y siete honoríficos; y cada uno de ellos era digno de ser contemplado.

—¿Puedo sugerir —retumbó afablemente el embajador soviético, mientras bombeaba la mano del doctor von Knefhausen— que uno de los criterios que han elegido ustedes para seleccionar a esa gente maravillosa tiene que haber sido su fotogenia?

—Evidentemente, su excelencia puede sugerirlo —irradió el consejero científico, tan alegre y feliz estrechando la mano de su enemigo como la de cualquier amigo—. Pero me temo que se equivocará. Sin embargo, puesto que tienen que ser los progenitores, quizá, de toda una nueva raza humana en Alfa-Alef, ¿por qué no asegurarnos de que esas nuevas generaciones humanas sean agraciadas?

Una nube cruzó el rostro del embajador.

—En cuanto a eso —dijo lentamente—, mejor hablemos del tiempo.

Puesto que el día, más que ninguna otra cosa, era un triunfo personal de Knefhausen, éste pudo permitirse ser generoso con un enemigo. En cualquier caso, se había producido una dilación en la línea receptora, puesto que la hija del embajador canadiense estaba ofreciendo ramos de flores y hojas de arce a cada una de las cuatro esposas de los astronautas. Knefhausen dejó que el ruso hablara de la nieve en Washington como contraste a la nieve en Moscú.

—¡Ah —dijo Knefhausen alegremente—, pero nadie sabe nada de la nieve a menos que haya experimentado los inviernos de Kiel! Cuando yo era un muchacho... —Y le habló al paciente embajador de los vientos que soplaban Kattogat abajo, y de los duros eneros de su infancia. En la época de la que hablaba, su nación y la del embajador se habían estado reduciendo a polvo la una a la otra a través de toda Ucrania, y ambos lo sabían. Generosamente, Knefhausen se abstuvo de mencionar los mil prisioneros de guerra rusos a quienes su unidad de las Juventudes Hitlerianas condujeron a través de los helados campos para limpiarlos hasta del último nabo olvidado y la última patata marchita. Había cosas acerca de aquella época que era mejor no mencionar nunca. ¡Aunque no había nada de lo que sentirse avergonzado! ¡En absoluto! El joven Dietz von Knefhausen era miembro de las Juventudes, cierto, pero nunca había creído en el *Führerprinzip*, ni siquiera en la guerra. Uno se unía a esas organizaciones porque deseaba sobrevivir, incluso medrar; pero hasta en su primera adolescencia había comprendido que era él quien debía utilizar esas cosas, no dejarse utilizar por ellas, no importaba los juramentos dignos de helar la sangre que pronunciara. El líder de su unidad no había sido más difícil de manipular que cualquier otro superior nominal en la larga vida de von Kne-

fhausen. Incluido el que ahora permanecía de pie a la cabecera de la fila.

—¿Perdón? —dijo, extraído de la ensoñación del sonido de su propia voz cuando se dio cuenta de que el ruso estaba mirando más allá de él.

—Sólo un pequeño incidente, supongo —sonrió el embajador. La joven muchacha canadiense estaba levantándose del suelo, casi al borde de las lágrimas—. Oh, pobre. Supongo que mientras le tendía las flores a la señora Barstow tropezó con su madre que iba delante de ella. Bueno. He disfrutado de esta charla, doctor von Knefhausen, pero tiene usted otros invitados. La seguiremos, espero, en alguna otra ocasión.

Los astronautas se marcharon en olor de multitud. Lo hicieron pronto. Eso no significaba ningún tipo de caridad por parte de los expertos en protocolo de la Casa Blanca, era sólo rendirse a la necesaria realidad. A las cuatro y cuarto el zumbido de un helicóptero se dejó oír en la zona de aterrizaje. Los ocho viajeros estelares salieron en medio de una ronda de aplausos y buenos deseos, se protegieron contra el frío y avanzaron a toda prisa por entre los remolinos de nieve. El helicóptero se elevó rápidamente y giró. Ningún piloto deseaba estar en los terrenos de la Casa Blanca más tiempo del necesario. Las cuatro parejas jóvenes fueron empujadas contra sus cinturones tan bruscamente que Ann Becklund jadeó y se aferró al brazo de su marido, y Will Becklund se apresuró a buscarle una bolsa contra el mareo. Pero ella no la necesitó. En Dulles cambiaron al Uno de las Fuerzas Aéreas sin ningún incidente. Las temidas manifestaciones no se habían materializado, y las comprobaciones de identidad fueron casi rutinarias. En menos de diez minutos estaban de camino a la base Patrick de las Fuerzas Aéreas en Florida por vía aérea.

Mientras el gran reactor alzaba el vuelo, Jim Barstow abandonó el asiento del tercer piloto para ir atrás, donde estaba sentada su esposa, en el salón particular del Presidente. Se dejó caer alegremente sobre el diván de piel.

—¡Hey, esto es un lujo, amor! —Se estiró, bostezó, y finalmente observó la húmeda mejilla de su esposa—. Oh, Eve. ¿Qué ocurre? —Sonrió y agitó la cabeza—. Vamos, vamos. ¿Asustada? ¡No puedo culparte por ello!

—No..., al menos —admitió honestamente—, no más de lo que he estado todo el tiempo. Supongo que fue esa muchachita canadiense. Era tan dulce.

Él apretó sus hombros con simpatía. Habían hablado de todo aquello, por supuesto. Habían admitido que renunciar a cualquier auténtica posibilidad de criar y educar una familia era realmente doloroso. Sin embargo, cuando medías su objetividad contra la posibilidad de ser los primeros seres humanos en visitar un planeta de otra estrella, eso, simplemente, no era importante. Acudió un camarero, librándole de la necesidad de hablar de ello.

—¿Quieren algo, señores?

—No, gracias. Sí. —No todos los días se volaba en el Uno de las Fuerzas Aéreas—. He cambiado de opinión. Tomaré un Martini muy seco, Beefeater's, con un chorrito de lima, y para la señora un Daiquiri de plátano. —Mientras contemplaba alejarse al camarero, con su chaquetilla inmaculadamente blanca, comentó—: Disfrutemos de todo esto mientras podamos, amor.

—De acuerdo —respondió Eve Barstow; se irguió en su asiento y pareció más animada—. ¿Qué es lo que quiere Will? —Los Becklund estaban dándole vueltas a un rechoncho objeto cromado; gracias a las interminables semanas de aprendizaje de nomenclatura de repuestos, Eve reconoció un componente del circuito de refrigeración de un reactor de plasma. Will miraba hacia ellos.

—Supongo que desea un auténtico experto —indicó su esposo, y se irguió para dirigirse hacia ellos, rodeando una

mesita de café de contrachapado de teca. Eve se sintió contenta de dejarle marchar. Su esposo era una persona espléndida; todos eran personas espléndidas, como habían demostrado una y otra vez en los largos meses de entrenamiento para la misión. Pero a Eve le gustaba ser ella misma algunas veces. Lo que más la aterraba acerca de los próximos diez años era que no habría ningún lugar en su pequeña nave espacial donde pudiera hacer aquello.

Shef Jackman se acercó desde donde había reemplazado a Barstow en el asiento del tercer piloto.

—Todo en orden. Subimos a ocho mil, y el cielo estará despejado una vez hayamos pasado Hatteras. La hora prevista de llegada a Patrick es a las siete, estaremos en Cabo a las ocho, en la cama a las diez.

—Ya no lo resisto más —dijo su esposa—. Llevo diez días congelándome.

Jackman se sentó a su lado, sonriendo.

—Alégrate, Flo. Dentro de un par de semanas tendrás todo el calor que quieras.

El despegue del Transbordador Espacial ya no era noticia en sí mismo, había habido ya demasiados, pero éste era especial. Las galerías de VIPs estaban llenas, y al otro lado del río Banana la orilla estaba atestada de ciudadanos corrientes que querían ver cómo ocho seres humanos iniciaban el viaje más largo jamás emprendido por el hombre. Millón y medio de personas, al menos. Había una diferencia entre los espectadores de los dos lados del río. Los VIPs se mostraban alegres y se felicitaban constantemente unos a otros. Los ciudadanos a lo largo del río eran una mezcla heterogénea. Entre ellos había centenares de pancartas, difíciles de leer desde la zona de lanzamiento. Pero nadie necesitaba leerlas. Todas decían lo mismo, aunque las palabras fueran distintas en un centenar de formas: ¡Los desempleados necesitan ayuda! ¡Recortad los recortes sociales! ¡Alto a

la guerra de las islas Andaman! ¡Paso al ERA! ¡Hacedlo! ¡No lo hagáis! ¡Alto! ¡Fuera! Todo eran órdenes perentorias a un gobierno que la mayor parte de los espectadores a la orilla del río consideraba como un enemigo, y cada una de ellas llevaba consigo la no expresada alternativa: ¡O de lo contrario! La nación nunca había estado más dividida. Todo el mundo había tenido el tiempo que había querido para acostumbrarse a la división, pero nada de eso había curado las heridas. La última vez que la situación del país pudo llamarse optimista fue..., ¿cuándo? ¿A finales de la Segunda Guerra Mundial? El Presidente no podía recordarlo con exactitud, pero estaba seguro de que ciertamente no había sido durante su propia administración.

El Presidente podía ver la multitud a orillas del río con el rabillo del ojo, si quería mirarla. No quería. Había entrenado sus ojos a no mirar lo que era mejor no ver, del mismo modo que había entrenado los músculos de su sonrisa a que nunca le dolieran, no importaba el tiempo que tuviera que mantener la expresión alegre. ¡Bueno, maldita sea, éste era un día alegre! ¡Eso se suponía, al menos! Algunas ocasiones individuales podían ser agradables incluso ahora, siempre que no apareciera ninguna inclinación a la paranoia en su mente y ninguna inquina en su corazón, siempre que no mirara demasiado lejos en el preocupante futuro...

La sonrisa en su rostro parpadeó por un segundo, pero la trajo de vuelta. ¡Nada iba a estropearle aquel día! Su ayudante en jefe, Murray Amos, ayudaba todo lo que podía trayéndole un constante flujo de reanimadoras estadísticas. Había presentes más de 4000 representantes acreditados de la prensa, lo cual superaba el récord anterior de 3497 del Apolo. Se habían agotado los libros de más de 500 páginas editados especialmente para la prensa, cuyos ejemplares se vendían a más de 300 dólares cada uno en el mercado negro. Se habían necesitado más de 200 autocares para traer a todos los dignatarios. Ochenta embajadores. Cincuenta cabezas de estado. Doscientas cincuenta estre-

llas de la televisión. Más de tres mil «invitados legislativos»... La cuenta oficial era de 22.000 espectadores autorizados, sin contar el más de un millón que gritaban y cantaban y a veces disparaban lo que parecían fuegos artificiales —el Presidente esperaba que fuesen fuegos artificiales— al otro lado del río Banana.

—Bien, bien —dijo el Presidente—. Vaya a avisar a Knefhausen, Murray.

—Sí, señor Presidente —dijo, obediente, Amos. No entusiásticamente. Localizó a Knefhausen yendo de un lado para otro entre las celebridades, aceptando un beso ritual del jefe del programa espacial francés, otro de una rubia cantante con un escote tan llamativo como revelador, dándole una palmada en la espalda al representante de la Real Sociedad Británica, intercambiando inclinaciones de cabeza y apretones de manos con el grupo japonés.

Knefhausen miró a Amos, le dirigió una rápida inclinación de cabeza y aceptó la hoja de papel de la Oficina de Información Pública.

—Ah, sí, bien —dijo, despidiendo al ayudante. Una poco agradable información ésa, se dijo von Knefhausen. Pero no importaba. Murray Amos no pertenecía a la gente que lo sabía todo. Estaba lo bastante cerca del Presidente como para saber, sin embargo, que había algo que él no sabía, y eso sin duda le carcomía. No importaba tampoco. Dentro de poco el viaje se habría iniciado, el programa empezaría, y el éxito se hallaría entonces en manos de los dioses. Y, además, la esposa del presidente de Argentina estaba reclamando su atención.

—Oh, sí, mi querida dama —dijo Knefhausen cuando hubo comprendido su pregunta—. Quiere saber por qué, cuando esa nave está previsto que vaya tan lejos del Sol, empieza su viaje acercándose tanto a él. Sí. Parece como una paradoja. Pero rodeando velozmente el Sol, entienda, le robamos algo de su propia fuerza; como resultado de ello la nave adquiere velocidad y, a largo plazo, alcanza la

estrella Alfa del Centauro mucho más pronto. ¿Entiende? ¡Oh, entonces entiende como el más grande de los astrónomos!

La dama del presidente argentino enrojeció deliciosamente y apoyó una mano en su brazo para detenerle.

—Será una aventura tan grande —dijo con voz soñadora.

—¡Por supuesto! ¡Puede decirlo! ¡Y verán tales signos..., cosas! ¿Puede imaginar, mi querida dama, todas las estrellas del cielo uniéndose en un glorioso arco iris de color? Sí. Es algo estupendo. ¡Un arco iris de estrellas! ¿Puede imaginar también que, para cada uno de ellos, el propio tiempo se verá frenado? Sí. ¡Así es! No mucho, pero volverán sólo unos veintidós años más viejos de lo que se fueron, mientras que todos nosotros habremos envejecido veinticuatro..., excepto por supuesto usted, mi encantadora dama. —Una mentira, por supuesto..., o, para ser más exactos, dos mentiras. Pero ella no lo sabía.

Sin embargo, le estaba mirando de una forma curiosa.

—No ha mencionado que verán ese maravilloso planeta nuevo, Alfa-Alef, como lo llaman.

—¡Oh, por supuesto! —dijo rápidamente él, y observó de reojo al equipo de periodistas de la CBS que avanzaban firmemente en su dirección, como si estuvieran sincronizados—. Oh, me temo que el deber me llama. Adiós, mi querida dama. —Y al periodista que encabezaba el equipo—: ¡Qué alegría verle, Alfred! ¿Consigue toda la cooperación que necesita?

—Oh, sí, todo está bien, doctor Knefhausen. —Las cámaras estaban barriendo la multitud, y el micrófono del periodista estaba bajado—. Me preguntaba: ¿Puede decirme quién es la persona con la que está hablando el embajador ruso?

Knefhausen miró por encima del hombro del periodista y frunció el ceño.

—Sí, por supuesto, Alfred. Es el doctor Hauptmann, el astrónomo de nuestra base en la Otra Cara de la Luna; él ha sido personalmente el responsable del descubrimiento del planeta de Alfa del Centauro.

—Parece como si el embajador se las estuviera haciendo pasar moradas. ¿Sabe usted por qué?

¡Qué maldita peste eran aquellas personas de los medios de comunicación! Pero eran útiles cuando uno sabía manejarlos como correspondía, así que Knefhausen dijo alegremente:

—¡Porque es ruso, por supuesto! Es una gran ocasión para nosotros los norteamericanos, pero, entiéndalo, no lo es tanto para nuestros competidores. ¿Desea alguna declaración?

Era la mejor forma de librarse de alguien de los medios de comunicación.

—En otro momento, doctor —dijo el hombre de la CBS; y tan pronto como se hubo dado la vuelta Knefhausen se alejó rápidamente más allá del astrónomo y el embajador. Sólo les miró una vez, y luego se sentó en uno de los asientos de los VIPs. Clavó su mirada en el Presidente y su perpetua sonrisa de granjero. Uno podía ver la utilidad de esa sonrisa como un medio de ocultar los abrumadores dientes superiores del hombre, pero ¿cómo podía un Presidente norteamericano sonreír de aquella forma como un muñeco de feria todo el tiempo? Un auténtico líder debería ser un poco más serio. Alzó cortésmente la vista cuando el hombre de la Luna se le acercó, pero no se levantó ni le ofreció la mano.

—Un espléndido día, ¿eh, Hauptmann? Aunque tengo la impresión de que sus amigos rusos están buscando estropeárselo un poco, ¿no?

El astrónomo se encogió indolentemente de hombros.

—Como siempre, Knefhausen.

¡Bueno, ahí había un hombre que podría verse mejorado por una sonrisa! Qué canijo era. Pero Knefhausen dijo:

—No importa. Despegarán dentro de un momento. Mire, las escotillas exteriores ya han sido aseguradas y están retirando la torre. Dentro de seis horas estarán en órbita; dentro de otras veinte efectuarán el transbordo y emprenderán el camino. Y entonces todo el mundo verá el enorme, casi me atrevería a decir, perfecto logro que será esta misión. Y luego, para todos nosotros, ¡ya lo verá! Fama, conferencias, sin duda uno o dos títulos honorarios.

El hombre se negó a dejarse animar.

—Espero que así sea —dijo, y se dio la vuelta, con los ojos deslustrados, para observar la explosión de luz y la gran oleada de sonido cuando la vieja lanzadera empezó a alzarse en el cielo.